

Agorafobia

Alguien contempla el paisaje desde una sierra agresiva de pastizales y riscos:

Una pirámide etérea, de dorados rayos de sol, se alza sobre el bosque apuñalando con su vértice un manto de nubes negras, hechas jirones que, empujadas por el viento, van siendo cortadas a cuchillo. El húmedo follaje verde oscuro se clarea bañado en una densa y empalagosa luz nueva. Es un día perfecto para ir de caza.

Ávalor está preparado. No pierde detalle desde ahí arriba, con su arco cruzado en el pecho, las flechas a la espalda y un machete en la cintura. Silva con dos dedos, sin retirar la vista del frente, y sus perros comienzan a aparecer brincando entre las rocas por detrás de él. Ninguno sobrepasa su posición sino que se detienen al alcanzarle y le imitan. No se gira para saber si están todos, confía en ellos. No tiene que dar órdenes, ellos saben lo que tienen que hacer, le seguirán a dónde vaya. De pronto explota en movimiento. No corre sino que empuja la gran pelota planetaria manteniendo el equilibrio encima. Los perros le ayudan e intentan seguirle el ritmo. Ladran cuando se quedan atrás para que se les espere. El Viento, húmedo y frío, tira de su melena castaña y de sus ropas verdes intentando detenerle pero es imposible, una y otra vez escapa de esos largos dedos fantasmagóricos e incansables hechos de aire. Pronto llegan al linde del bosque.

El cazador se detiene un momento y observa.

Los pajarillos han salido y cantan al sol. Los árboles se desperezan lentamente, crujen sus ramas, bostezan sus troncos, se estiran sus hojas. Pequeños animalillos, y también grandes, se mueven alegremente por todos los rincones y en todas direcciones. Se dan los buenos días, conversan entre ellos, se dedican a sus labores sin demasiada preocupación.

Le encanta sentir esa paz, explorar los espacios abiertos, se siente libre, se cree el dueño, se sabe poderoso, es el rey, al menos de sí mismo. No puede imaginar su vida de otra forma. Es uno con la naturaleza. No es cruel ni despiadado, no es un asesino pero tiene que comer, y sus cachorros también.

En el bosque toda muerte se transforma en vida.

Han venido a matar para seguir viviendo así que buscan, no una víctima sino una presa. Los perros inspeccionan los troncos olfateando sin mucho éxito, todo está mojado. Ávalor utiliza los ojos para encontrar marcas o huellas de algún venado. Enseguida encuentra un rastro que comienza a seguir. Llama a sus pequeños. Uno de ellos viene entusiasmado. Ha encontrado algo. Se apresura, corta el suelo de hojarasca con el hocico hasta que se topa con un árbol. Ascende por la corteza muy rápidamente y entonces se para. Ladra y mueve el rabo frenéticamente, tiene una pista. Todos corren hacia él. Su dueño llega el primero. Se acerca y encuentra un mechón de pelo en la corteza del tronco. Lo coge y lo muestra a los demás para que lo huelan y busquen. De inmediato se ponen a trabajar. Se abren en abanico y agachan la cabeza, la punta de la nariz es un bastón de ciego y la agitan a uno y otro lado. Quien encuentra el rastro se alborota para que los demás se acerquen. Ávalor estudia las huellas: es un ciervo solitario que pastaba tranquilamente, bastante grande por cierto. Demasiada comida para los seis. Tendrán que dejar algo para los buitres.

La búsqueda pasa como un relámpago, se acorta el espacio o se acelera el movimiento. Todo se detiene de golpe al encontrar la presa. Ahora el tiempo se dilata al contrario que antes. Los perros guardan silencio, acechan, se acercan despacio, se arrastran, se comunican con los ojos, su amo permanece inmóvil tras un árbol. Pretenden rodearla dejando una vía de escape para que eche a correr, así es más fácil. Empiezan a gruñir, dan fe de su presencia, se dejan ver, enseñan los dientes. El venado comienza a sentir el miedo, pero no huye. Arremete con sus cuernos contra sus acosadores que salen corriendo por seguridad. Pero no los persigue demasiado, recupera su posición rápidamente. No quiere sentirse rodeado. Por el momento la situación está empatada. Entonces Ávalor rompe su silencio disparando una flecha que corta el aire con un silbido y se aloja en el vientre del ciervo. Eso no estaba previsto. La presa piensa que se le han echado encima y le han mordido así que se asusta y huye. Da coces al aire intentando deshacerse de su liviano agresor que no se suelta de ninguna manera. Sale a un claro cubierto de hierba y todos le siguen incluido el tirador que lo hace a distancia ya que su trabajo ha concluido. Ahora es el turno de sus cachorros. Intentan alcanzarle para saltar sobre él y derribarlo acabando con su sufrimiento. Uno de ellos, el más viejo, observa con inteligencia mientras corre, analizando la situación y resolviéndola al instante. Sabe exactamente lo que el venado va a hacer y se adelanta a sus movimientos. Cambia de dirección, intenta alcanzar la salida del claro que se abre a un prado más extenso. Cree que intentará evitar los árboles por la incomodidad de sus astas. No se equivoca. El bosque se levanta ante el pobre almuerzo como una pared impenetrable que se acerca por segundos. Gira noventa grados y corre en la dirección prevista, siguiendo el linde. Siente el pinchazo en el costado pero cree que puede escapar. Se equivoca. De pronto algo salta sobre su cabeza y se aferra irremediamente. Ya está desarmado. Le resulta imposible levantar la cabeza con tanto peso y la carrera se hace más lenta. Pronto llegan los demás. Dos se abalanzan, uno a cada lado,

muerden y quedan colgando. Vuelve a cocear desesperadamente sin éxito alguno. No se detiene, aún tiene esperanza. Además la adrenalina neutraliza el dolor. Un cuarto perro se engancha al cuello para agotarlo por falta de aire. Esto parece dar mejor resultado y unos metros más adelante cae definitivamente. Tardará un poco más en morir pero ya se ha rendido.

El sol riega y calienta el claro, solo el frescor del suelo mojado recuerda el triste escenario de lluvia de hace un rato. Es obvio que reina la felicidad incluso para el ciervo que ya ha vivido demasiado, ha tenido hijos y está preparado para la siguiente vida.

Ávalor llega despacio, con calma. La presa ya apenas se mueve. Uno de sus cachorros, cómo él los llama, sigue aferrado al cuello pero deben acabar con el sufrimiento del venado lo antes posible así que desenfunda su machete y lo degüella sin miramientos. Después le pide disculpas y le abre una brecha en el vientre para que los perros empiecen a comer la carne por debajo de la piel. Él, mientras tanto, despieza los cuartos traseros que son más fáciles de transportar.

Una sombra fría se extiende desde el Este, el cielo está otra vez encapotado y el bosque de alrededor se oscurece. Un escalofrío recorre la nuca del cazador que tiene un mal presagio.

Entonces aparecen los lobos. Son más numerosos y más fieros, más salvajes. Tienen el pelo más largo y grasiento, también más oscuro. Unos son grises y otros negros mientras que los perros son castaños y de pelo corto. Los lobos son enormes y al erizárseles el lomo parecen brotarles clavos. Se acercan despacio, entre gruñidos, con la cabeza baja y la cola alta, preparados para saltar. Tienen los colmillos largos y afilados, las orejas, el hocico y el extremo de la nariz puntiagudos. Los ojos, amarillos o azules, se los robaron a los espectros de los túmulos. Todo en su anatomía parece pensado para hacer daño o causar terror.

El más viejo de los perros planta cara, la presa es suya y tiene que defenderla. Tres se le echan encima. Al principio contraataca pero enseguida lloriquea. Esto los anima y lo agitan hacia uno y otro lado, lo despedazan. Entonces calla. El silencio explota con un estruendo mudo que se introduce en la conciencia impregnando cada rincón de la mente de Ávalor. Ni siquiera oye sus propios pensamientos, solo retrocede despacio, muy despacio...

En algún profundo y negro departamento de su cerebro el silencio se transforma en llave abriendo un gran cofre de madera de roble con bordes metálicos. Una siniestra garra de puntiagudas uñas negras asoma por la abertura. Es la garra del miedo liberado que nublará su mente anulando su pensamiento.

[Víctor Guillamón](#)

Los lobos siguen avanzando. Nadie da la espalda a nadie. Sobre pasan el ciervo. Ya tienen lo que querían, sin embargo, se acercan sin prestar atención a la comida. La situación ya es macabra, antinatural. Están borrachos de violencia, no cabe otra explicación.

Cuando llegan al lindero del bosque las ramas de los árboles se retuercen tras ellos e intentan apresarlos, no pueden huir hacia delante, es lo que quieren los lobos, así que se sacuden las ramas y echan a correr histéricos. Lloran mientras corren, el terror se ha apoderado de ellos, <<vamos a morir todos>> piensan. Ávalor encuentra un árbol podrido apoyado sobre una pared de roca. A más de cinco metros de altura hay una cueva a la que puede acceder trepando por el tronco. Sube por él en un par de segundos y cuando llega arriba lo empuja, lo tira abajo. <<Brillante idea. Así no podrán subir a por mí>>. En seguida llegan sus perros. Le miran desconsolados. Intentan seguirle irguiéndose sobre la roca pero es imposible. Los lobos los alcanzan. Están acorralados. Su líder cierra los ojos, se tapa los oídos y finalmente se introduce en la cueva para no oírlos morir, cosa que no consigue. No solo gritan de dolor, piden ayuda y lloriquean como los cachorros abandonados que son.

Cuando despierta se encuentra en una gran sala llena de estalactitas aunque no puede verlas, todo está demasiado oscuro. Tiene la sensación de que todo ha sido un mal sueño y se dirige hacia la luz para confirmarlo.

El final de la galería se abre como un agujero luminoso que agrieta la oscuridad circundante con destellos blancos en forma de esbeltas cuñas. Todo parece haber cambiado radicalmente, es el mundo al revés. La oscuridad es la norma y la luz la excepción.

Al llegar al final tampoco ve nada, el sol punzonea sus ojos durante un rato. Cuando el dolor remite distingue los restos de sus perros en el suelo. Ninguno está entero. Gotitas de sangre brillan como estrellas rojas sobre la pared de roca y sobre los troncos de los árboles. Algunas forman cúmulos, apretándose en un pequeño espacio, otras se alinean y se alargan indicando movimiento. Se cree un cobarde y un traidor. Está en lo cierto. Piensa en bajar pero tiene miedo de caerse desde tan alto, podría romperse una pierna quedando indefenso. Además los lobos podrían estar cerca y volverían para hacerle lo mismo a él. No podría escapar estando herido.

De pronto comienza a faltarle el aire, se pone histérico, se golpea con las paredes, grita. Echa a correr hacia dentro de la galería hasta que se da de bruces contra una estalagmita y cae al suelo. Después decide que es más seguro esperar allí. Ya buscaría una salida en otro momento. Primero debe explorar y encontrar algo de comer.

Se va guiando tocando la pared e intenta contar sus pasos y recordar los cambios de dirección para orientarse. Detecta un olor agresivo y cálido. Siguiéndolo descubre un foco de una tenue luz danzarina. Se dirige hacia ella. Proviene de una antorcha que coge sin hacerse demasiadas preguntas. Continúa con su búsqueda hasta que encuentra una galería por la que fluye agua subterránea y en dónde crecen unas setas que reconoce como comestibles. Es un buen sitio donde quedarse mientras decide qué hacer. Allí pasa algunos días, no sabe cuantos. Se limita a comer, dormir y mirar la llama de la antorcha que no se consume nunca. Comienza a olvidar cómo era su vida antes, está demasiado cómodo.

De pronto recuerda lo que está olvidando y toma una determinación: debe encontrar la salida. Se pone en marcha, la antorcha le resulta muy útil. Hay muchas galerías y no quiere perderse así que deja pistas en los caminos que va tomando. Coloca dos piedras, una encima de otra para saber por dónde ha pasado. Encuentra luz al final de un pasadizo, se acerca despacio. Oye unos extraños gruñidos que parecen algún tipo de idioma salvaje. Siente curiosidad pero también miedo. Deja la antorcha en lugar seguro y se dirige hacia la luz. La gruta se abre a una gran sala en donde parlotean montones de pequeñas criaturas de las profundidades. Son verdes y calvas, de orejas y nariz puntiagudas. El cráneo es grande en relación al cuerpo y los ojos con respecto a la cabeza también lo son. Los labios son oscuros y los dientes afilados. Deben de ser trasgos y esta es su caverna. Ávalor es un invasor, puede que sean hostiles hacia él. Se gira para buscar otra ruta pero descubre a su espalda otra criatura, esta vez más grande y fuerte que él, que le bloquea el paso. Viste cuero negro, su piel, arrugada y verrugosa, es azul grisácea y sobre su cabeza se levanta una alta corona oscura. Se planta inmóvil mirándolo con firmeza desde arriba mientras el cazador permanece agazapado, paralizado durante un momento.

-Corre –le sugiere la nueva figura. –Yo me encargo de ellos.

Ávalor no se lo piensa ni un segundo. Sale disparado con el corazón desbocado como si pretendiese salirse del pecho. Coge la antorcha y cuando se aleja cree oír gritos, golpes, carreras, choques metálicos...

Por fin llega a su cómodo rincón, su nuevo hogar en donde vuelve a sentirse seguro. Se tranquiliza y se duerme. Cuando despierta la criatura está con él observándole inerte como una estatua. Al principio se asusta un poco, después se siente más seguro.

-¿Quién eres?

-Soy Válaro, el señor del inframundo, el rey de las profundidades, el emperador de las tinieblas. Todos los seres que aquí puedas encontrar me rinden pleitesía, incluido tú mismo.

Ávalor levanta su ceja incrédula, es la más desafiante de las dos, sin embargo su boca guarda silencio por un segundo. Después se presenta:

[Víctor Guillamón](#)

-Yo soy...

-Sé quién eres –contesta tajante cortando en dos la frase de un hachazo verbal. –Tienes que apagar esa antorcha –prosigue. –Es peligrosa. Podrían descubrirte.

-Pero la necesito para ver.

-No la necesitas, te acostumbrarás a vivir conmigo en la oscuridad. De lo contrario vendrán a por ti y no sé si podré protegerte siempre.

Duda por un instante pero acaba introduciéndola en el agua.

La llama muere con un aullido crujiente, su alma se eleva en forma de vapor de agua mezclado con humo negro. La oscuridad se abalanza sobre la antorcha desde las paredes rocosas ahogándola definitivamente. Un Frío que cala en los huesos la acompaña celebrando la victoria final del mundo tenebroso sobre el luminoso.

Al principio Ávalor no ve nada, sin embargo se adapta rápidamente convirtiéndose en otra criatura más de la oscuridad guiado por Válaro. Este le enseña a moverse en el inframundo, le muestra cuan sólidos y protectores son los muros de roca y cuales son los peligros que acechan fuera, los lobos, las tormentas, los bandidos... Cuando el nuevo inquilino le pregunta por los trastos y los peligros de la caverna la respuesta es clara: No son nada comparados con los de fuera. En cuanto a los trastos, aprende lo útil que es la oscuridad para esconderse.

No sabe cuanto tiempo pasa con Válaro, es difícil medirlo sin la luz del sol, ¿meses, años? Se acostumbra a esa vida tranquila, solitaria y aburrida pero segura. De pronto recuerda que sigue olvidando y reacciona. Su misión anterior había sido encontrar una salida para volver a su mundo así que se arma de valor y explora las grutas que puedan sacarle de allí. No sabe dónde se ha metido Válaro pero en el fondo se alegra de no tener que despedirse de él.

No teme perderse porque ya conoce los secretos de la caverna, aún así procura evitar las antorchas para no encontrarse con los trastos. Toma una gruta descendente internándose más y más en el inframundo aunque sabe que, de haber una salida debe estar más arriba. Espera encontrar una vía ascendente si continúa por allí, pero eso no ocurre nunca. De pronto comienza a oír gruñidos crujientes y ásperos que le atraviesan el cráneo y retumban directamente sobre su cerebro. Los tiene delante, justo al girar. A su derecha la roca se abre en una bifurcación. Echa a correr pero es demasiado tarde, le han oído y le persiguen. Siente el terror como un temblor frío que trepa por sus pies y se apodera de su cabeza. Se desliza hacia abajo casi sin tocar el suelo hasta que vislumbra un punto de luz blanca como una estrella de esperanza que le da ánimos. El punto crece hasta que lo alcanza y en ese momento nota el vacío en sus pies, el suelo se le ha acabado. El sol le arponea los ojos y comprende

que está cayendo por un precipicio imposible. El Viento lanza miles de dardos que se clavan como un <<te lo advertí cuando corrías hacia el bosque>>. El suelo se distingue cada vez más cerca, un bosque, un claro, huesos de perro esparcidos que se acercan con aire vengativo... El miedo hace tiempo que es dueño del cazador.

Cuando comprende esto deja de caer. Se encuentra colgado de su pie derecho observando perplejo los restos de sus cachorros. Algo o alguien lo ha atrapado al vuelo. Lo siguiente que ve son unas botas de cuero negro y después una mirada invertida y severa de Válaro. Este lo deja en el suelo y se interna en las profundidades decepcionado, no abre la boca. Ávalor lo sigue con la cabeza baja, sabe que no ha sido un buen chico, pero está profundamente arrepentido. Se da cuenta de que no siguen el camino de siempre, van hacia otro lugar. Tras unos minutos llegan a una gran sala con un pozo sin fondo de diez metros de diámetro. En el centro hay una columna de roca de apenas metro y medio de grosor. El señor de la caverna coge a su discípulo por los hombros y salta con él hasta la columna dejándolo allí aislado. Sabe que no podrá saltar esa distancia. Ávalor grita vomitando pánico.

-¿Qué es esto? ¿Por qué me dejas aquí?

-Me has traicionado y yo ya te he salvado la vida dos veces. ¿No comprendes que sólo pretendo protegerte de los peligros que hay ahí fuera? ¿No entiendes que estoy velando por ti? ¿Por qué deseas tanto salir? ¿Acaso no estás cómodo viviendo aquí conmigo?

Ávalor guarda silencio y se sienta sobre la roca para no perder el equilibrio. Se encuentra en una cárcel sin paredes, es libre de salir pero sabe que será su muerte si lo hace, debe permanecer totalmente quieto si quiere sobrevivir. En ese momento unas cadenas bajan del techo con un tintineo punzante.

-Puedes ponerte los grilletes si así te sientes más seguro –le dice. –De esa forma si te caes podrás balancearte y no morirás estampado contra el suelo.

Se da prisa en colocárselos. Pasado un rato comienzan a elevarse otra vez tirando de él y colgándolo de los brazos.

-¿Qué significa esto?

-Sólo era una prueba de fidelidad que, por supuesto, has superado. Estoy orgulloso de ti. En seguida te saco de ahí.

Por un instante Ávalor se siente mejor pero esto acaba cuando Válaro lo lleva hasta una forja en donde le martillea las muñequeras interponiendo un hierro al rojo vivo.

-¿Qué estás haciendo?

-Fundo las cerraduras para que nunca puedas librarte de las cadenas –le dice con una sonrisa en la cara. –La próxima vez que intentes escapar será cuando te hayas arrancado las manos.

El preso se queda mudo mientras sus ojos se proyectan fuera de la cara enrojecidos de ira e impotencia. Ahoga un grito de frustración mientras espumea saliva apretando los dientes. Después su carcelero lo lleva hasta un rincón en donde ancla las cadenas. Al fondo del habitáculo hay un surgimiento de agua por el que cae continuamente una gota imprimiendo un monótono y desquiciante chasquido. El sonido comienza siendo irritante y termina por ser totalmente insoportable, digno de locura.

El tiempo se transforma en un tren al que llega con retraso. Se queda mirándolo pasar mientras su situación permanece invariable.

Se resigna, se deja vencer y comprende que estará allí eternamente. Esa idea le asusta aún más que los peligros del exterior. Entonces comienza a oír a lo lejos unos ladridos que crecen, se multiplican a medida que avanzan por la roca: <<wof, wof, wof>>. ¿Es posible que alguien le haya echado en falta y vengan a rescatarle? Quizá uno de sus perros haya sobrevivido y traído ayuda. Los ladridos están cada vez más cerca y ahora además se oyen cruces metálicos. <<Ojalá maten a Válaro>> piensa. Después se asusta de su propio pensamiento. Una luz amarillenta se le antoja el sol y se cubre la cara. Solo es una antorcha en un brazo amigo.

-Arriba, vayámonos de aquí -le dice una voz conocida acompañando la frase con un movimiento de hacha.

-No puedo, estoy encadenado y no hay llave que me libre de esto, tienes que cortarme las manos.

-Entonces levanta los brazos.

Así lo hace Ávalor que se arrodilla, agacha la cabeza y coloca las manos contra la roca. Oye un silbido y siente una mezcla entre punzada y martillazo. Acto seguido sus manos caen sobre su cabeza, tampoco le ha dolido tanto. Se incorpora y ve como los grilletes se desprenden teñidos de rojo, se alegra de presenciarlo. Echan a correr, los perros ladran: <<wof, wof, wof>>. La sangre caliente mancha sus pantalones y recorre sus piernas. Entonces mira atrás, el goteo es insoportable: <<nochl, nochl, nochl>>. Mira sus muñecas y comprueba que aún tiene los grilletes... y las manos. Se encuentra sentado en la roca, oye voces que le invitan a salir, a huir. Solo ha sido un sueño, sin embargo nota un líquido cálido entre las piernas, se ha orinado encima. Se siente humillado y se enfurece. Se levanta y tira con fuerza. Soltará las cadenas o se arrancará las manos. Desea liberarse más que ninguna otra cosa del mundo. Ya no tiene los pies en el suelo sino en la pared. Cae y cree que lo ha conseguido pero descubre que ahora la cadena sólo es un poco más larga. Pone atención y encuentra en la pared un orificio en forma de cruz por el que salen los eslabones. Parece que lo que hay tras la roca es la cadena enrollada y cuanto más tiré más larga la hará. Juraría que estaba anclado

pero prefiere no preguntarse de dónde viene su suerte y saca un buen tramo para poder moverse. Sale a un gran salón y lo barre a gritos buscando pelea.

-¡Válaro! ¡Señor de ninguna parte! ¡Ven aquí si te atreves! ¡Cobarde! ¡Dueño de tus miserias! ¡Enfréntate a mí!

-¿Qué quieres? –pregunta apareciendo por detrás.

-Quítame esto o te juro que te mato.

-Y ¿cómo piensas hacerlo? –lo cuestiona esbozando una sonrisa prepotente.

-Te ahorcaré con tus propias cadenas. ¡Haz lo que te digo!

-No puedes matarme.

-Y eso ¿por qué no?

-Morirías de hambre o te atraparían las alimañas. ¿Acaso no ves que hacemos una combinación perfecta?

-Estás loco.

-Yo te protejo y te alimento y tú...

-Y yo ¿qué? ¿Qué te doy yo?

-Tú me das compañía.

-De acuerdo Válaro, hemos sido amigos pero ahora soy tu prisionero. Libérame y juntos saldremos de aquí.

-¡No! Eso no puede ser.

-¿Por qué no? ¿De qué tienes miedo?

-Yo no puedo tener miedo, el miedo lo tienes tú. Lo que ocurre es que yo no existo ahí fuera. Sólo puedo existir aquí dentro.

-No entiendo lo que dices.

-Me has utilizado y ahora pretendías destruirme. No eres más que un traidor.

-No te he utilizado. No sé por qué pensabas que tenías que protegerme.

-Para eso estoy aquí. Crees que no me necesitas pero no durarás ni un segundo ahí fuera sin mí.

-Deja que lo compruebe por mí mismo.

-¡He dicho que no!

Ávalor se irrita. Está cansado de la conversación y ya no tiene respeto ni aprecio por Válaro, tampoco le importa morir encadenado así que descarga su furia.

-Entonces tendré que matarte.

Le envuelve el cuello con las cadenas y tira con todas sus fuerzas pero su víctima ríe, no tuerce el gesto.

-Aún no lo entiendes ¿verdad? Yo no puedo morir sin que mueras tú, porque tú y yo somos la misma persona. Tú me pusiste aquí para protegerte, tú me alimentas, tú me haces crecer. Yo también soy tú. Soy todos tus temores.

-Por eso soy yo el único que puede acabar contigo.

El rostro del miedo es quién muestra miedo ahora. Sus ojos y su boca se abren hasta el imposible, le falta el aire, pide una piedad que no le es concedida y acto seguido explota transformado en un frío humo azul.

Álvaro levantó la cabeza de su escritorio, más concretamente de su diario babeado. No era más que un sueño. Nada de eso había ocurrido nunca, sin embargo había sido real por un instante. Los sueños no tienen pasado ni futuro, ocurren solo en presente.

Miró el reloj por primera vez en mucho tiempo: las tres de la mañana. Su cuarto estaba hecho un desastre, ropa tirada por el suelo, trastos encima de la cama, comida por todas partes, libretas, discos y objetos sin sentido sobre la mesa. A mano solo tenía un diario en blanco, ya que no había nada que contar, un ejemplar de El Silmarillion, de J.R.R. Tolkien, y una caja de antidepresivos. Husmeó un poco por las habitaciones para saber qué día era. Ninguno de sus compañeros de piso estaba durmiendo así que debía de ser viernes o sábado. Llevaba meses sin salir de casa excepto cuando sus compañeros conseguían sacarlo para ver a un médico que le recetaba prozak, eso sí que le gustaba. Sus padres no sabían que había dejado de ir a la universidad, tampoco se preocupaban mucho, nunca lo habían hecho. Su habitación tenía baño propio y daba directamente a la cocina, que estaba hecha una pocilga, así que no tenía porque moverse mucho. Pensó en el sueño que había tenido y decidió salir a dar un paseo. Cogió algo de ropa más o menos limpia y un poco de desodorante de uno de sus compañeros. Salió al portal no sin temblar en el primer paso y se dirigió al ascensor. Dudó un par de minutos antes de entrar pero al final lo consiguió. Los cuarenta y cinco segundos de bajada se hicieron eternos y tuvo que echar mano de todas las técnicas de relajación que le había enseñado el psicólogo, respirar lenta y profundamente, pensar en verdes prados y aire puro... De otra manera habría sufrido un ataque de pánico al verse encerrado en el pequeño habitáculo. Se abrieron las puertas y salió como una exhalación. Cuando llegó a la calle había tres chicos de su edad sentados en un banco, justo enfrente de un Mercadona. Estaban bebiendo cerveza y parecían coleccionar litronas. Tenían crestas en la cabeza y clavos que brotaban de las chaquetas negras parcheadas que parecían cosidas a retales. Le recordaban a los lobos de hacía un rato y su mano tembló sobre el pomo, pero si daba este paso le resultaría mucho más fácil dar el siguiente así que lo hizo. Pasó por delante de ellos y observó que estaban fumando una especie de cigarrillos caseros que confeccionaban ellos mismos a base de mechero, pellizcos, frote de pulgar e índice y lengüetazo. El humo no era áspero y agresivo como el

[Víctor Guillamón](#)

del tabaco sino más bien suave y pringoso, se adhería a los pulmones conforme iba entrando. <<El punk no ha muerto>> decían entre ellos.

Más adelante venían dos chicas en minifalda y taconazos. Salían de los bares, alegres, risueñas. Se fijó en una de ellas, la de la izquierda. Era una morena auténtica, es decir, morena de pelo, piel y ojos, ojos que, por cierto, no le cabían en la cara. Con unas piernas largas que pisaban con firmeza. Cuando estaban frente a frente no podía dejar de mirarla así que ella lo saludó con un <<holaaa...>> sensual y sincero. La otra dejó escapar una carcajada escandalosa y Álvaro se limitó a sonreír. Le gustó esa sensación. Unos pasos más adelante se volvió para mirarla otra vez. Ella también se giró con una sonrisa y él disimuló, <<tonto>> pensó de sí mismo <<has desaprovechado otra oportunidad>>. Miró al cielo y asombrosamente vio estrellas. Entonces reparó en que la ciudad estaba mucho más oscura que la última vez que había salido de noche. A todas las farolas se les había instalado un detector de presencia y solo se encendían cuando alguien pasaba cerca. Recordó aquel día en el que había visto unos operarios revisando las farolas una a una y se preguntó qué estarían haciendo. Ya lo sabía. Estaba completamente fascinado. Puso un pie sobre la calzada cuando sintió un empujón de viento repentino acompañado de un silbido y un pitido que le atravesó los tímpanos. Era un Tata Economy que pasaba a toda velocidad sin hacer el más mínimo ruido. Los coches indios llevaban unos cuantos años arrasando en Europa. Eran pequeños, baratos, eléctricos y con una placa solar en el techo, la panacea del siglo XXI. Después de eso prefirió no arriesgarse a cruzar en rojo. En lugar de eso se quedó admirando las obras, ya terminadas que tantas mañanas le habían despertado. Detrás de la oficina de Correos, en la antigua estación del tren que iba hacia Caravaca, el tranvía rodeaba la Plaza Circular para salir al otro lado y recorrer toda la Gran Vía Murciana, como antiguamente, para llegar a la estación del Carmen por la calle del Marqués de Corvera. En todo ese tramo, desde una punta a la otra de la ciudad, se había cortado el tráfico excepto para cruzar y para los taxis, autobuses y bicicletas. De eso hacía ya un año. El mundo había cambiado bastante en el tiempo en que había estado encerrado. El semáforo cambió a verde pero decidió no cruzar, había tenido suficiente. Se dio media vuelta y desandó los escasos trescientos metros que había andado.

Al pasar por el banco uno de los lobos, el que peor pinta tenía, se interpuso en su camino y lo miró directamente levantando el brazo con algo grande y pesado en la mano. Parecía claramente una amenaza.

-¡Ey! ¿Quieres un trago?

Álvaro se rió aliviado.

-Vale –contestó tímidamente.

Estuvo un rato conversando con ellos y después volvió a su piso. Se sentó en el escritorio, cogió su diario y escribió:

“Ahora lo entiendo todo. El miedo es la cárcel del alma”.